

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8307

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 56

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Martes 16 de Julio de 1889

LA VIDA ES CHOCOLATE.

Apurar, cielos, pretendo ya que me tratéis así por que voy, pobre de mí, el apetito perdiendo; aunque creo que ya entiendo cual es la causa en conciencia pues tuve la inadvertencia y cometí el disparate de no tomar chocolate marca El Barco de Valencia.

Y ese delito se paga cuando se comete sin la debida autorización del pontífice D. Benigno Sánchez Risueño que desde su casa n.º 3 de la calle de la Caridad rige chocolateramente a media España.

Estos ricos chocolates se venden en latas iluminadas que contienen 6 paquetes una, del precio de 5, 6, 7, 8, 10 y 12 reales paquete; pedido en todos los ultramarinos y confitería de los Sres. García y Pareja.

EL NUEVO CATASTRO.

Toda la prensa se ha hecho eco del proyecto que recientemente presentó el ministro de Hacienda a sus compañeros de gabinete, con el fin de unificar y repartir equitativamente la contribución territorial.

En otro país que no fuera el nuestro, la noticia hubiera llenado de júbilo al abatido labrador; pero aquí que tan poco acostumbrados estamos a que nuestros gobernantes miren con interés las fuerzas vivas del país, lejos de alucinarsen con halagüeñas promesas, exclama como el borracho del cuento: *Ya verá usted como esto acaba en que nos suban el vino.*

En efecto; tantas veces como algún ministro, respondiendo al menos aparentemente al clamor público, ha pretendido normalizar nuestra absurda tributación, ésta ha tenido un considerable aumento para el contribuyente de buena fe, y han continuado de un modo más acentuado aun las irritantes desproporciones tan conocidas de todos.

Ignoramos el detalle del proyecto en cuestión, solo vagos rumores han llegado hasta nosotros de la manera como piensa desarrollar su pensamiento el Sr. Ministro de Hacienda; pero lo que sabemos nos basta para asegurar que por el camino que parece se va a seguir, se obtendrá tan solo como resultado general un sacrificio más para nuestro escueto Erario, y no pocos vejámenes inútiles para el sufrido labrador.

Nos complacemos en reconocer la recta intención del ministro, que sin duda convencido del afflictivo estado de la clase labradora, trata de remediar su triste situación; pero estamos seguros de que el remedio va a ser peor aun que la enfermedad.

Nada menos se pretende que hacer un catastro en el reducido espacio de tiempo de tres años, y se quiere que éstos delicadísimos y laboriosos trabajos se encomienden a personas sin duda alguna muy doctas pero faltas de conocimientos técnicos y prácticos en agricultura, suponiendo erróneamente que la repartición equitativa de la contribución depende en primer término de la medida exacta del terreno.

Aparte de que un catastro, por deficiente que sea, exige muchísimos años y un per-

sonal docto, numeroso y bien organizado, lo que primeramente nos hace falta no es determinar de un modo exacto la superficie contributiva que cada cual posea, sino una clasificación racional y verídica de los productos de que es susceptible, con arreglo a cuentas bien formadas de productos y gastos, que no estén como los vigentes, en abierta oposición hasta con el sentido común.

Para esto lo más urgente es encomendar el servicio de la estadística territorial a ingenieros agrónomos, únicos que por su especialidad pueden desempeñar cumplidamente este servicio, sacándola de la tutela de empleados administrativos en cuyo poder jamás responderá a las necesidades del país. De otro modo seguirán divorciados los intereses del Estado y del contribuyente; éste mirará a aquél con igual prevención que hasta ahora, gracias al criterio doctrinario, restrictivo y empírico que caracteriza a nuestros empleados del ramo de Hacienda, quienes, á trueque de aparecer celosos de los intereses del Erario público, no vacilan en desatender las justísimas quejas del contribuyente, al que responden siempre con la célebre frase de pague usted y reclame...

El contribuyente español no necesita para mejorar su estado que un oficial de la reserva le mida sus propiedades; lo que urge es que se confeccionen unas cartillas verdad, en cuyas cuentas de productos y gastos se admitan todas aquellas partidas que la ciencia y la práctica admite como indispensables para llegar á un verdadero líquido imponible. Después es preciso normalizar los repartos y evitar que los caciques hagan en ellos mangas y capirotes con perjuicio del pequeño contribuyente ó del propietario forastero; y por fin es indispensable que las oficinas encargadas de estos servicios estén encomendadas á empleados idóneos que no vean en cada contribuyente un enemigo, para que sus quejas sean atendidas pronto y en justicia, sin reparar en los mayores ó menores beneficios que el Estado pueda obtener de estas reclamaciones, y después de hecho esto no nos oponemos á que salgan por esos mundos de Dios todos los militares en activo y en reserva, los ingenieros de caminos á medir parcelas y aumentar de este modo los legajos de papeles inútiles y costosos con que cuentan en la actualidad las Delegaciones de Hacienda y la Dirección general de Contribuciones, centros en donde tanto tiempo se pierde en la revisión y confección de documentos inútiles.

Conste, pues, que no aplaudimos el proyecto del Ministro de Hacienda, y que cuando lo conozcamos en detalles, nos comprometemos á demostrar, como dos y dos son cuatro, que el resultado final que obtenga D. Venancio será idéntico al conseguido por sus antecesores desde el año 1860 hasta la fecha.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

AFRICA.

Charada

Dos tres mi todo muy buena pero tiene una una tres, lector, que si tu la vés de espanto y terror te llena.

M. Sánchez Sánchez.

La solución en el número próximo.

LA LEYENDA DEL DOLOR

(Del libro «Niñerías». — Es tan hermosa esta leyenda que colocaría á su autor entre los primeros literatos españoles, si ya no tuviese ganado este puesto, como el de médico eminente, por otras obras y por otros trabajos.)

«Te conozco bien, eres el mismo de siempre, pero, ¡cuánto varias!

Pareces nacido allá en el polo, hijo de un ventisquero y del escorbuto.

Eres frío é imposible, como una lámina de hielo, y, como ella abrasas después.

Te odio y te bendigo.

Me has hecho desgraciado, pero me has hecho hombre.

No te puedo olvidar; aun sin sufrir tus crueles tormentos, te sentía mi corazón.

¿Te acuerdas cuando te conocí?

Era muy niño; rubias guedejas oreaban mi frente, caldeada por los apasionados besos de mi madre.

Vivía en la deliciosa inocencia de la infancia, que nos hace bondadosos y confiados.

El día mismo de mi nacimiento un pastorcillo llevó al palacio de mis padres un hermoso cordero; para él fueron mis primeras caricias; en su naciente vellón hundía mis manecillas blancas como él.

Llegué á creer que aquel sér delicado representaba el Ángel de la Guarda, de que me hablaban todas las noches al acostarme.

No puedo aun olvidar, y eso que he olvidado tanto, por culpa tuya, aquella mirada casta y tranquila, su regocijado balar cuando me veía; el húmedo y aterciopelado contacto de su lengua, que dejaba tibio olor á yerba y á heno en mi mano.

Una mañana le hallé tendido sobre la nieve del jardín; estaba inmóvil y rígido y en sus ojos abiertos se veía la misma mirada tranquila y casta á través del hielo borroso de la muerte.

¡Qué frío hacía y qué frío sentí!

Eras tú, que pasabas y oprimías brutalmente mi corazón, como se golpean los resortes de un muñeco de feria.

Y, sin embargo, no los has hecho saltar aún.

¡Son de acero! ¡Bien lo sabes, pérfido!

Durante las horas de fiebre que siguieron á aquella primera puñalada tuya, te veía recorrer los valles y amontonar nieve sobre el pobre caminante, extinguir el hogar del desgraciado, asesinar traidoramente de hambre y de frío á las gentes, como acababas de hacer con mi corderillo.

Pronto se desvanecieron estos recuerdos ante la nueva vida del adolescente.

Mi madre veía resplandecer en mi mente los destellos de su clara inteligencia; mi corazón, ese pedazo del alma, palpaba, á compás del suyo.

¡Cuánto la amaba y ella qué gran paz se sentía hacia su hijo!

Una noche volviste á golpear mi pecho, la agonía fue rapidísima; antes de que me darme cuenta del tiempo que perdía, me arrojaban en brazos de mi terna desventura.

Yo mismo salí sudoroso y desabrigado en busca de su salvación, esperando que serías

tan generoso que me dejarías morir por ella ó consentirías que no la sobreviviera. ¡Traidor mil veces!

Cuando regresé, estremeciéndome de angustia, acababa de morir. No había podido legarme su último beso, de igual modo que me había dedicado sus últimos entrecortados pensamientos.

El tibio calor de su angustiosa agonía vibraba aun sobre su cuerpo hermoso.

En vano cubría de besos su boca inmóvil; en vano mis lágrimas ardientes bañaban su rostro inexpressivo, mis labios las recogían heladas y amargas con mi dolor...

Yo mismo, con salvaje energía, la vestí su mortaja; yo seguí paso á paso los tintes cada véricos de su cara, con la ansiedad del moribundo que ve la última puesta del sol.

Desde entonces pudiste ensoñarte de mí. No tenía escudo que me defendiera de tus embates.

No hallaba consuelo después de tus heridas.

Todas las enconaste de modo que ahora mismo me estremezco de espanto al pensar en aquellas horas; más crueles quizá que éstas, en que, no contento con haber corroído el alma, devoras al miserable cuerpo.

Tú hiciste llorar á la mujer que amé, secando en mis venas todo amor que no fuera el de mi madre.

Lejos de aquélla sentía que palpaba de emoción mi pecho á su solo recuerdo. Al tenerla delante, la frialdad que depositaste en mis venas helaba las palabras en mis labios; mis ojos la contemplaban con indiferencia, y mi mano, que había estrechado mil veces apasionadamente su retrato, deslizábase de las suyas como traidora serpiente.

En cambio amudabas mi garganta y atarazabas mi cuerpo ante otra hermosa niña á quien vi crecer y de quien fui casi prometido esposo.

Nuestras madres se habían querido mucho. La suya decía: educata para tu hijo. ¡Pobre hijo y pobres madres!

¿Por qué me dejaste vislumbrar la felicidad? ¿Por qué dista tragua á tu infame obra? ¿Por abismarme en la desesperación y en la miseria.

Solo, más tarde, con un angel inocente, vivo retrato de mi mujer inolvidable, poqueña como ella, como ella blanca y hermosa, más que por la perfección del semblante, por la pura delicadeza de las facciones, he arrastrado mi orgullo á través de una vida de indignancia y bochorno, á fin de que no muriera de hambre.

¡Cuántas veces habrás creído que sufría por la abstinencia forzosa y el hambre cruel, y, sin embargo, moraba al llevarla su comida, adquirida con de increíbles esfuerzos, y quien sabe si de bajezas!

No sé hasta dónde he descendido. Estando ella á mi lado me creía en el séptimo cielo; cuando trabajaba hasta el vértigo, viéndome tan miserable, me parecía imposible llegar hasta donde ella se hallaba.

¡Que féta era en poder ocultarle mis miserias!

En el colegio donde estaba de internado, hablan mi antigua posesión; y como me faltaba fuerza para resistir el peso de la culpa, creía que algún día volvería á obtener los besos de nuestros antepasados en la boca de mi madre.

Mi aspecto modesto hacía simpática mi figura, y ciertamente nadie podía sospechar que la palidez y la demacración eran debidas al hambre.

Fué preciso que me hicieras aún más desgraciado.

Agotaste tu refinada crueldad llenando de